

En el terreno de la política, Pio IX desbarató siempre como castillos de naipes todas aquellas tramas urdidas por Cavour, Napoleon y demas pseudopolíticos de Francia y del Piamonte, para suprimir con apariencias de justicia y conveniencia el Principado civil de la Sede Apostólica. Las utopias diabólicas desarrolladas en las conferencias misteriosas de Paris y de Chambéry, y sostenidas en los folletos *Napoleon III y la Italia*, *El Papa y el Congreso*, y en el opúsculo *La Francia, Roma y la Italia*, fueron presentadas en toda su vergonzosa desnudez por Pio IX y los suyos, es decir; debido á las Encíclicas del santo Pontífice, á las notas de Antonelli, á los trabajos de Doupanloup, del primero de los controvertistas contemporáneos del Catolicismo, en su folleto inmortal, el mas leído del mundo, á la obra de Villemain titulada *La Francia, el Imperio y el Pontificado*, á los discursos de Guizot y Thiers y á otros innumerables escritos que serán la gloria de sus autores, debido, repito, á todas estas descargas del campo pontificio, en el acto vinieron abajo los baluartes de la perfidia y de la astucia anticristianas. El congreso de los corazones de buena fé se realizó al punto en derredor de Pio IX! El trueno del derecho católico ahogó el ruido del cañonazo de la política, dice un elegante escritor!

En el terreno de los hechos, triunfó Pio IX, si la moral, si la justicia, si el derecho, si la razon, si el juicio de la humanidad, significan algo en el mundo, y si la materia no debe ser reina para siempre del espíritu. Sí, señores, es cierto que Víctor Manuel ocupó á Roma; es cierto que la Revolucion impera ya en la Metrópoli del Cristianismo; es cierto, en fin, que los puñales anexionistas, que las bayonetas, que los cañones rayados, han hecho pedazos el cetro del Pontífice; ¿pero esté triunfo puramente material es perdurable? ¿La Revolucion triunfó, pero suicidándose! La Revolucion triunfó, ¿sabeis cómo? Amontonando en su decurso barbarie sobre barbarie, iniquidad sobre iniquidad, horrores sobre horrores, mientras que por parte del Pontificado no se encuentra sino justicia, heroicidad, grandeza en todo. Las bandas piamontesas, engrosadas con los bandoleros y

foragidos del mundo, fueron ocupando las posesiones de la Iglesia; pero cada jornada fué para ellas un tejido de ignominias. Napoleon III sirviendo á la Masonería desamparó al Pontífice; pero en los dias de la salida de las tropas francesas de los Estados Pontificios sufrían tambien los primeros descalabros los ejércitos de la Francia por los de la Prusia en Wissembourg, Woerth, y Spikeren, y pronto la gloria del César se extinguía en Sedan. El ejército pontificio fué destruido; pero ese pequeño ejército, abrumado solo por el número, ese hermoso ejército cosmopolita, creado por Pio IX, sostenido por la Cristiandad y compuesto en su mayor parte de jóvenes ilustres, que, nuevos Cruzados, luchaban por la independencia espiritual del Pontificado, por la libertad de la Iglesia, por la libre manifestacion de la verdad, de la justicia, del derecho, del ideal de la civilizacion, ese ejército modelo eclipsó con sus proezas en Valle-Rotundo, Pésaro, Mentana, Castelfidardo, Ancona, la Puerta Pia, etc., las glorias legendarias de los caballeros de la Edad Media, y fué admirado y aplaudido aun por la prensa disidente. El puñado, sí, de bravos pontificios desapareció despues de haber realizado en pleno siglo XIX el ideal del soldado cristiano, del soldado santo cuyos magníficos rasgos traza S. Bernardo refiriéndose al soldado monje de los Ordenes Militares. La Moricière, Pimodan, Zappi, Charrete, Richter, Westminster, Niel, Brondeis, Sauvet, Buren, etc., etc., todos esos valientes que inmortalizaron con su valor sublime la bella milicia del gran Pio, tipos serán eternos de la heroicidad unida á la religiosidad. . . . . ¡Gloria á vosotros, paladines y mártires del Pontificado y de la civilizacion! ¡Gloria imprecadera! . . . . . Mas prosigamos. Víctor Manuel se adueñó del territorio de la Iglesia y realizó la unidad italiana; pero todo esto lo hizo desgarrando á cada paso la fé pública, inventando plebiscitos patentemente absurdos, infringiendo tratados solemnes á la faz del mundo, consumando sus tropas horrores propios de vándalos, de musulmanes, de bachi-basoucks, embistiendo guarniciones que ya capitularon ó enarbolaron bandera blanca, violando armisticios, ultrajando y martirizando prisioneros,

en las enfermedades de la naturaleza impidiere todavía la libertad eterna y la felicidad sin fin á Pio IX! Sí, señores, es cierto que la fé humana está ya satisfecha respecto de la bienaventuranza plena del Pontífice difunto. Es cierto para todo el mundo, que la gloria del Pontífice mas grande y sublime de los tiempos modernos, gloria que con su aurora rubicunda dejó iluminada la tierra, se encuentra ya en su zenit indeficiente en la venturosa eternidad. Es cierto que el sufragio universal de la humanidad, espontáneamente formado, y el sentido comun de la Cristiandad, descansando en un pedestal firmísimo de abundantes hechos sobrenaturales, cantan en coro gigantesco la virtud heroica, la santidad excelsa del gran Pio. Es cierto que ya se promueve con grande actividad y entusiasmo su canonizacion, y dentro de poco invocará la Iglesia en su ayuda el amparo del gran sacerdote que en sus días agradó á Dios y en el tiempo de la ira se hizo la reconciliacion del mundo; del gran Pontífice que brilló en el tiempo como el lucero de la mañana en medio de la niebla, y como la luna llena en sus días, como el arco refulgente entre las nubes de la gloria y como la flor de las rosas en los días primaverales. Es cierto, en fin, que para la creencia puramente humana Pio IX no debe ser objeto de sufragios sino de ruegos, y que él con su influjo en el cielo precipita ya la época de la regeneracion del mundo por el triunfo de la Iglesia. Mas ¡pobre espíritu humano, que si no es iluminado por un rayo de la luz de lo alto, nada puede afirmar con certeza absoluta acerca de los destinos de ultratumba, y nada acallará las angustias de que el corazón es presa ante la incertidumbre pavorosa del sepulcro! Por eso la Cristiandad todavía no depone su amargura, ni enjuga su llanto, ni da fin á sus plegarias! . . . . Mientras Pedro, mientras el Romano Pontífice, mientras el depositario de las llaves del Reino de Dios, no suba al atrio del cielo, y no abra las puertas de la mística Ciudad, y no muestre allí á los pobres peregrinos de este mundo, entre los esplendores eternos, el trono de Pio, la Cristiandad gemirá y rogará por su Padre al Eterno entre lágrimas de quebranto! . . . . No oís como pinta la Iglesia misma el día lamentable, el día de ira, en que el hombre

comparece en juicio ante su Dios? . . . . ¿No oís las voces gemientes, las endechas de la tumba, el lúgubre cantar, que todavía pone hoy la liturgia en boca de Pio IX, del mismo Pio IX, sí, en presencia del Supremo Juez? . . . . Oid! . . . . ¿Qué dice, gran Pio? . . . . Cielos! . . . . qué escucho! . . . . qué clamores en boca de un santo! . . . . Oid! . . . . —“Rey de tremenda Majestad,—Que gratuitamente salvas á los que se salvan,—Sálvame, fuente de piedad.”—“Tú que perdonaste á María,—Y al ladron escuchaste,—A mí tambien diste esperanza” —“Y o gimo como reo,—La culpa llena de rubor mi rostro,—Perdona, oh Dios, al suplicante!” . . . .

—¿Qué escena tan terrible, señores, qué paso tan amargo el que decide del destino supremo del hombre! . . . . ¿Mi corazón se espanta, mi espíritu atribulado no puede sino clamar con la misma liturgia de la Iglesia:—“Qué diré yo miserable,—A qué patrono rogaré,—Si apenas el justo está seguro?” . . . .

—Oremos, pues, por Pio IX que tanto oró por nosotros! No olvidemos á nuestro Padre, cuyo corazón fué tantas veces lacerado por nuestros infortunios, y cuyo martirio acrecieron nuestros extravíos! . . . . Y mientras llega el día venturoso, en que con el decreto consolador de la canonizacion descienda la luz de lo alto, entre las armonías de la fé, á ahuyentar las sombras de la incertidumbre que todavía contristan nuestro corazón, elevemos el incienso de nuestras oraciones al Eterno por nuestro Padre querido! . . . . ¡Y tú en camino, oh gran Pio, desde la mansion feliz en que creemos que moras, sella sobre el mundo, sobre nosotros, la bendicion apostólica que con tanta ternura y abundancia nos prodigabas en vida! . . . .

REQUIESCAT IN PACE!



0125

premiando y condecorando á los regicidas y traidores asesinos, peleando nueve contra uno, atacando sin previa declaración de guerra, pisoteando, en fin, todas las leyes internacionales consagradas por la civilización. Destronado el Pontífice y reducido al Vaticano, la Revolución, queriendo todavía engañar á la Cristiandad, á quien teme, finge respetar la independencia espiritual de Pio IX, dando la ley de garantías, *ley de hipocresía y de iniquidad*, como la llamó Pio IX, y formulando mentirosas protestas, para que la usurpación prescriba sin ruido; pero qué importa todo esto, si todo el mundo ve la realidad de las cosas; si la voz de Pio IX sale gimiendo del Vaticano, eludiendo apenas la vigilancia de sus carceleros, gracias al cuerpo diplomático del orbe, que sirve de muro á la persona del Pontífice, y gracias á esas legiones de millares de peregrinos, enviados extraordinarios de la Cristiandad, que temiendo con razón el engaño corren presurosos á Roma y llenan la nueva cárcel Mamertina del nuevo Pedro, para recoger allí enteras sus palabras y llevarlas auténticas á los pueblos; y si la triste voz del Pontífice prisionero es una constante elegía dolorosa, en que el Pastor supremo de las almas llora los destrozos de su Grey verificados á su vista y á su lado, y los sacrilegios, y los crímenes, y los horrores, y las ruinas de todo género amontonadas á su derredor por la usurpación, y los insultos, y las amenazas, y los atentados diariamente cometidos contra la Santa Sede y contra sus ministros? Muere Víctor Manuel, y Humberto I renueva las alhagadoras promesas de su padre, y pretende dizque consumir la obra de la independencia espiritual del Papado en consorcio con la unidad italiana; pero quién ignora las gestiones de la política, y las tramas de los gabinetes, y los complicados preparativos hechos para estorbar ó desnaturalizar el Cónclave al fallecimiento de Pio IX y causar las ansiedades del cisma ú otra situación afflictiva á la Iglesia, y las mentiras diarias de las agencias telegráficas y de la prensa cosmopolita para hacer creer á los fieles en conciliaciones imposibles y en utopías anticatólicas; quién ignora que todas estas maquinaciones infernales fueron sacadas á la luz del medio día por

Pio IX; quién ignora que todas esas intrigas quedaron burladas solo por la Providencia, por la Providencia, sí, que en el curso imprevisto de los acontecimientos, con la pavorosa cuestión de Oriente aturdió los ánimos ó hizo que los pseudopolíticos dejaran pasar el momento deseado y hasta coadyuvaran á la renovación pronta y fácil del personal del Pontificado, como lo predijera ya el mismo Pio IX? En fin, señores, la Revolución triunfó; pero ya desenmascarada, ella solo ha dado el salto á la profundidad sin fondo de su ruina! La Revolución triunfó, pero el Papado se ha visto mas robusto y esplendoroso que nunca. El poder temporal de Pio IX acabó, pero la Cristiandad en esas circunstancias excepcionales formó al rededor del Padre comun de los fieles una especie de poder temporal extraordinario y providencial en la *Obra del dinero de S. Pedro*, en el cuerpo diplomático del orbe y en las audiencias diarias que el Papa da á los incontables peregrinos y á los muchos personajes que de lo mas granado del mundo van á rendir sus protestas filiales al Pontífice. La Revolución triunfó, y el mundo se quedó quieto ante el despojo sacrilego del Patrimonio de S. Pedro; pero ¡ay! también ahora el mundo se bambolea, y entre desvanecimientos de muerte siente que el terreno tiembla y se hunde bajo de sus piés, y no encuentra lugar firme de donde asirse: ahora ve por una experiencia propia é íntima cuán amarga es, realizada ó impasiblemente contemplada ó consentida, la violación de la fé pública, de los tratados solemnes, de la moral, de la justicia, del derecho; ahora, sí, que ya la lógica de los acontecimientos lo lleva á empellones hasta la destrucción universal que le prepara la barbarie culta. . . . . ahora todo lo comprende! En suma, la Revolución triunfó; pero dentro de poco, á ménos que no haya una intervención providencial extraordinaria, ó la humanidad vuelve hácia atrás, restaurando y sosteniendo ante todo la *reye dad* del Pontificado, ó los pueblos se desgarran como fieras, y la raza humana termina delirante, despedazada por el mas horroroso salvajismo!

—Ahora pregunto yo, señores: ¿no fué de Pio IX la vie-

toria tambien en el terreno de los hechos?—Y recorriendo todos los triunfos, en la política y en los hechos; en la primera y en la segunda batalla, libradas en Gaeta y en el cautiverio; en el período de la lisonja y en el de los ataques directos; no fué Pio IX constantemente el vencedor? ¿La *reyedad* de Pio IX, tan bella en sí misma, no aparece todavía mas bella y radiante en sus esplendentes victorias? Sí, así es, y así debia ser, porque la *reyedad* pontificia es una revelacion maravillosa del régimen providencial del Omnipotente en el mundo; porque la *reyedad* pontificia es el escudo de la Iglesia en sus combates contra el infierno. La union del Pontificado y de la *reyedad*, es una doctrina que, miéntras el mundo no cambie de condiciones, los hechos mas que nada se han encargado de elevar á axioma. Por eso los Papas no transigieron ni transigirán jamás con la usurpacion! Por eso cuando se ha arrancado de sus sienas la corona de oro de reyes, han ceñido la diadema de espinas de mártires! Por eso el Pontificado de Pio IX fué compartido entre la *reyedad* y el martirio, entre la gloria del Tabor y los dolores del Calvario! Por eso todavía en el lecho de la muerte, ántes de exhalar el último suspiro, se levanta majestuoso el gran Pio, y con la misma energía de siempre descarga el arma formidable de sus protestas contra el usurpador, y la pasa á su bravo sucesor, cuando inmovilizada su mano por la muerte, ya no puede empuñarla!.... ¡El Macabeo sucumbe..... pero sepultado en su triunfo, y salvando la justicia, la libertad, el orden, la civilizacion!.....

#### IV

Tal es Pio IX, señores! Tal es el Macabeo del siglo XIX en las luchas de la idea, en las batallas del Catolicismo!—Considerado como Pontífice, penetra hasta el fondo del cielo y recorre toda la tierra, y en ese rápido vuelo, remontándose primero hasta las alturas del Empíreo, descorre las cortinas que velan las magnificencias de la Jerusalem celestial; y luego bajando raudo á la tierra, avienta al abismo las herejías, que como negros nubarrones oscurecian la atmósfera;

muestra á la humanidad la belleza de la Iglesia, de la mujer que saliera del costado del nuevo Adán en el éxtasis del Gólgota; y descarga los golpes de la palabra justiciera sobre la tirania que se ceba en los hijos de Dios!—Considerado como Rey, primeramente, llevando en la Barea del Pescador la verdad y la justicia hasta el alta mar de la reforma, de la libertad y del progreso, con un gobierno modelo arranca el antifaz á la Revolucion y acalla la grita de la barbarie que en traje de cultura insulta, escarnece y embiste á la civilizacion; y luego intrépido é incansable combate hasta la muerte en pro de las garantías de la Religion, de la independencia y libertad de la verdad y del bien en el mundo, en una palabra, en pro de la civilizacion!—*Macabeo del Catolicismo en el siglo XIX, salva á la humanidad, peleando hasta el último suspiro por la Iglesia y la civilizacion!*.....

\*\*\*

—Con razon á la muerte de ese su primer campeón toda la humanidad se estremece cual si la sacudiera eléctrico golpe!..... Con razon se pregunta atónito el mundo: *Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel?* ¿Cómo ha muerto Pio IX, el grande, el luchador fuerte, el salvador de la Iglesia y de la civilizacion?.... Con razon un llanto universal se dejó ver luego en todos los pueblos cristianos y anticristianos!.... Con razon la Cristiandad ha desplegado toda la pompa fúnebre en las exequias del gran Pontífice, y entre las armonías lúgubres del canto funerario y entre las elegías inspiradas de la tumba ha elevado al cielo sentidas é incontables plegarias!.....

—Nosotros, hijos del gran Pio, que gozamos con sus triunfos, que lloramos en sus infortunios, que llenábamos nuestras almas con su recuerdo, venimos hoy á cumplir nuestro deber corporativo, rogando por el alma de nuestro Padre! ¡Soldado del héroe difunto el Seminario, viene á llorar sobre la tumba de su Jefe y á inspirarse en su memoria para la lid! ¡Con derecho á los tesoros de la Iglesia, que redimen las almas, los ofrece al Eterno, por si alguna deuda contraída